

Cabrón de primera y colega

25 años después del estreno de *Trainspotting*, la figura de Begbie sigue de actualidad gracias a la novela que le dedicó Irvine Welsh. Ahora es un escultor que gana pasta

POR PILAR MANZANARES

Que sí, que Begbie era un chulo, un bebedor, un jodido psicópata hiperviolento, un cabrón de primera, un colega y todo eso. Pero ya no. Desde que su creador, Irvine Welsh, le dio nueva vida en *El artista de la cuchilla* (2016), ahora traducida al español por Anagrama, el tipo se reformó, se fue a vivir a la soleada California, donde la peña es feliz, y se dedicó a esculpir rostros de famosos. Ya no parte jetas: ahora mutila y distorsiona caras que vende a buen precio. Se gana bien la vida. Un artista

reconocido, casado y con dos hijas, que tiene un pasado. “Era un adicto a la violencia, pero todo eso está ahora bajo control, porque no me llevó a ningún sitio interesante. Solo a la cárcel”. Eso dice él, pero ojo con volverle a buscar, aunque se haya cambiado hasta el nombre.

UN TIPO NUEVO CON UN PASADO

El nuevo Begbie se relaja escuchando a Mahler, ha estudiado arte, lee filosofía... Pero lo ha hecho todo por amor, y su sangre sigue hirviendo al

ritmo de *Appetite for Destruction*. Si hay que volver a Edimburgo, donde los días grises invitan a ponerse hasta el culo de alcohol —como poco de alcohol—, Begbie puede volver a asomar la cabeza. Porque ahora es un tipo tranquilo, créeme que se ha reformado, pero si le andas buscando las vueltas, confíesate antes. Y ahora que ha muerto su hijo Sean, el que tuvo con su ex, June, está decidido a regresar a ver qué escocés llora lágrimas de cocodrilo. Y luego... Luego ya veremos. ▣



Robert Carlyle, el escocés que se atrevió a prestarle su cara a Begbie en la película *Trainspotting*.